



LUCY OPORTO VALENCIA, FILÓSOFA:

“Hay una incapacidad generalizada de hacerse cargo de las propias responsabilidades: todo es culpa del resto, o todo es culpa del sistema”.

JOSÉ MANUEL CUADRO

Coordinador editorial IdeaPaís.

Es una tarde de febrero. El verano está menguando en Valparaíso, una ciudad que la autora define como “decadente”. Lucy Oporto Valencia, (Viña del Mar, 1966) escritora, filósofa y columnista, nos recibe en el café Subterráneo, en la plaza Aníbal Pinto, donde convergen icónicos lugares de la ciudad porteña, como el Bar Cinzano y la Radio Portales. Además, una urbe desde donde ha observado a la sociedad moderna, tema central de esta conversación. Al respecto, afirma que “existe una disociación entre conciencia e inconsciente colectivo”, lo cual ha derivado en un “envilecimiento de la sociedad”. Análisis que realiza desde su exhaustivo trabajo en torno a las obras de C. G. Jung.

47

Doctora en filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, se graduó a fines de 2024 con la tesis *En busca de la cifra de Dios: conocimiento y fe en De principiis, de Orígenes de Alejandría*, un extenso trabajo investigativo, que entre sus apartados aborda el “libre albedrío”, aspecto central en la vida de Occidente. Desde allí, explica que “usualmente estamos enfrentados a decisiones dilemáticas”, puesto que –parafraseando a Sartre– “estamos condenados a ser libres”.

En esta entrevista, la autora de *He aquí el lugar en que debes armar-
te de fortaleza. Ensayos de crónica filosófica* (2021) asegura que uno de los principales problemas actuales es la “unilateralidad”, presente en libertarios y progresistas, fenómenos que, si bien pueden ser antagónicos, derivan igualmente en la “disolución”. Alimentada por lo que señala al comienzo: la poca formación de la conciencia individual.

— En cuanto a la sociedad moderna, existen líneas como las de Arendt, según las cuales, el hombre moderno se siente culpable o rechaza todo lo que es dado, y termina por confundir lo libre con lo voluntario ¿Compartes este diagnóstico? ¿Qué expresiones concretas tiene, a tu juicio, ese fenómeno psicológico-social hoy en Chile?

— Mi aproximación al problema de la sociedad moderna tuvo lugar a partir de la obra del psiquiatra suizo C. G. Jung. Para él, la unilateralidad de la conciencia, que deriva de la disociación entre conciencia e inconsciente colectivo, determina la psicopatología del Occidente moderno. La individualidad es una conquista tardía de la humanidad, unida a la diferenciación de la conciencia respecto de su matriz originaria inconsciente y sus contenidos: los arquetipos. Pero, al emanciparse unilateralmente, la conciencia acabó convertida en lo contrario. De ahí, la decadencia de grandes culturas, como Alemania, precipitada en la barbarie durante el siglo XX.

En cuanto a las expresiones de Arendt, yo las relacionaría, por lo pronto, con dicha disociación observada por Jung. Ese rechazo a todo lo dado —que podría ir desde la naturaleza hasta antiguas tradiciones— sería un índice de tal separación de la con-

ciencia de sus raíces inconscientes, situadas en un pasado remoto. Mientras que la confusión entre lo libre y lo voluntario apunta a una vida interior deficitaria. Capacidades como las de autoconciencia, diferenciación y discernimiento, entre otras, son indispensables para la vida adulta y la toma de decisiones. Por desgracia, no se fomentan en la educación chilena.

Éstas ya aparecían tematizadas y problematizadas en autores como Orígenes de Alejandría (s. III), en relación con la cuestión del libre albedrío: un don concedido por Dios a sus criaturas racionales, que dio lugar a su diferenciación —como ángeles, seres humanos y demonios—, lo cual derivó en su caída, iniciada por los demonios. Pero el libre albedrío era también la única posibilidad de que esas criaturas caídas decidieran, por sí mismas, buscar o no volver a la unidad originaria en Dios. Con este fin, creó el mundo.

— ¿Y en qué estado crees que están la conciencia y el inconsciente colectivo? ¿Se puede determinar el estado actual de la sociedad, a partir de la conciencia individual?

— Más bien, se trata de las relaciones entre conciencia e inconsciente colectivo. Esa disociación

pareciera ser creciente. Los conflictos bélicos con su barbarie tecnológica y, paradójicamente, ultrarracionalizada, así como los procesos de modernización unilaterales, que desprecian toda tradición cultural y sentido de la trascendencia, son muestras de tal disociación. No obstante, dicha unilateralidad también se muestra en el caso de activismos fanáticos y autorreferentes en favor de “lo ancestral”, o en la llamada permisología, que ha recurrido a la arqueología y la ecología como excusas para obstaculizar o detener importantes obras que serían un aporte al desarrollo del país.

Hay momentos y casos en que sí es posible, si no determinar, al menos aproximarse al estado actual de la sociedad, a partir de la conciencia individual y sus posibilidades de elaboración simbólica, cuya principal fuente son los sueños y la imaginación. Así, la conciencia puede elaborar contenidos del inconsciente colectivo a través del arte, o de alguna otra obra significativa, como un proyecto de vida constructivo. Sin esas mediaciones y transformaciones, corre el riesgo de ser absorbida por el inconsciente colectivo, con consecuencias fatales (cuadro psicótico, locura, barbarie). La posibilidad de un diálogo fructífero entre conciencia e inconsciente, cuando llega a darse, fortalece la capacidad de autoconciencia, tornándola más lúcida y sabia.

— Si tuviésemos que mencionar fenómenos en Chile que demuestren esa disociación que describe Jung, entre conciencia e inconsciente colectivo, ¿cuáles podrían ser?

— La posesión por el arquetipo de la madre terrible, que se manifiesta a través de una voluntad individual y colectiva de disolución y hundimiento en lo indiferenciado. Por ejemplo, el creciente consumo de drogas y el avance sin límites del crimen organizado, son muestras de tal voluntad.

Esa disociación también se observa en el llamado proyecto modernizador, que avanzó pretendiendo dejar atrás los sistemáticos crímenes de la

dictadura, como si tal práctica no hubiese dejado ninguna huella en el inconsciente colectivo chileno, o en el alma de Chile. Asimismo, se observa en la sociedad de consumo y su degeneración como *lumpenconsumismo*, al mismo tiempo que la educación pública se degrada e inutiliza.

Además, existe una tendencia a proyectar contenidos inconscientes en terceras personas, así como una incapacidad generalizada de hacerse cargo de las propias responsabilidades, malas acciones y vicios: todo es culpa del resto, o todo es culpa del sistema. Salvo excepciones, no veo un interés por el autoconocimiento, que es una tarea muy exigente. A fin de hacer consciente una proyección, es necesario examinar hasta sus últimas consecuencias los elementos afectivos, muchas veces dolorosos, vinculados a la propia experiencia, ya que esto no se puede simplemente racionalizar.

Tal disociación se mostró con claridad, a partir de la asonada de octubre de 2019. Ahí emergieron estos elementos inconscientes, aunque es difícil saber a qué época pudieran remontarse. La quema de iglesias, en particular, involucra varios aspectos: desprecio por la cultura cristiana occidental desarrollada en el curso de siglos, la cual dio lugar a una larga tradición filosófica y teológica, así como a una forma de vida; negación de todo sentido de la trascendencia y sentido histórico; revuelta satánica contra el Espíritu; total desprecio por los creyentes (ancianos, sobre todo); impostura insurreccional.

Nunca creí la versión de que se trataba de un levantamiento popular, debido a las injusticias del sistema, no. En mi opinión, siempre fue una protesta motivada por la oscura frustración de no poder acceder a los supuestos bienes de la sociedad de consumo. Sin duda, existen grandes injusticias. Pero quienes aparecen protestando cometan mayoritariamente la misma clase de abusos e injusticias en privado, para después victimizarse. Por lo demás, no me parece que el gran ideal de civilización sea que la familia miserable pueda visitar el mall el fin de semana. Es una catástrofe, en

términos antropológicos: una forma de alienación, y una renuncia a la propia capacidad de conciencia, por muy precarias que sean las condiciones de vida.

— **Cuando hablaste de la disociación que plantea Jung y de esta falta en cuanto a asumir responsabilidades, ¿crees que el victimismo es una de sus expresiones? Parece ser una patología social.**

— El victimismo es, más bien, un vicio, un mal hábito inaceptable, que ahora se reitera permanentemente. Y, peor aún, en detrimento de las víctimas de verdad, que sí existen y sufren. Además, se banaliza el término “victima” para manipular al entorno, a la opinión pública, como una forma de autovalidación espuria. En efecto, el victimismo es una expresión de tal disociación, y sigue siendo un aspecto de la barbarie, ya que esa supuesta víctima —la que surge como producto del victimismo— ambiciona el poder para destruir a otros, prolongando así un círculo de sucesivas venganzas.

— **¿Crees que en Chile se ha superpuesto la idea del mérito?**

— Más bien, parece haber un malentendido en torno a dicho concepto. “Mérito” significa, principalmente, una “acción o conducta que hace a una persona digna de premio o alabanza”, lo cual implica un sentido de justicia. Esto debiera fomentarse desde muy temprano, con una buena educación de base, ya que cualquier actividad humana valiosa —el trabajo, en especial—, requiere aprendizaje, esfuerzo y disciplina.

Asimismo, es necesario considerar las disposiciones internas de cada cual. Sin embargo, ya se han ido degradando, y hasta patologizando, facultades como la autoexigencia, la perseverancia, y otras virtudes fundamentales para el trabajo creativo y constructivo —sobre todo bajo condiciones hostiles—, como la capacidad de sobreponerse al fracaso y volver a empezar.

En esa medida, se van dando los méritos y su dignidad, así como el respeto por el esfuerzo y el ejemplo ajenos. No es algo que surja así, sin más, al margen de toda exigencia. El problema es anterior al mérito: tiene que ver con la educación, el desarrollo de las disposiciones internas de los individuos, y la estimulación temprana de capacidades que no debieran ser descalificadas, ni desperdiciadas.

— **¿Es posible una promoción social del mérito en contextos —como has dicho en otras instancias— con fuerte crisis moral, familias debilitadas, vulnerables, etc.?**

— Sin duda, aquellos que logran superar realidades tan duras, y que, excepcionalmente, han logrado hacerse a sí mismos, a pesar de sus limitaciones, ya tienen un mérito, en virtud de ese enorme esfuerzo interno y espiritual, siempre amenazado de naufragar ante la corrupción reinante. En ese sentido, el mérito es expresión de un orden moral, de enorme exigencia, que incide en el fortalecimiento de un país, en términos espirituales y materiales.

Tengo la impresión de que el mérito ha quedado reducido a la capacidad de ganar dinero, incluso con independencia de cómo se obtenga, profundizando así la crisis moral. En consecuencia, si tal es el significado unívoco y absoluto de “mérito”, exigirlo en contextos de pobreza, desintegración familiar y desamparo, revela inconsciencia e incomprendimiento del peso de la realidad, lo cual contribuye aún más a la mezquindad y degradación de su entendimiento, despojándolo de todo valor. Encuentro extraño que haya terminado restringido sólo a la llamada movilidad social, entendida en función del consumo. Una cosa es buscar tener mejores condiciones materiales de vida, lo cual es muy necesario. Pero otra, suponer que toda actividad humana se dirige a ese fin. Hay quienes han alcanzado grandes logros en esa línea, pero siguen siendo seres humanos miserables e ignorantes en un sentido profundo. En fin, estos conceptos se han ido viciando, como casi todo en Chile. Hay un

desfondamiento del lenguaje: los términos se tergiversan, se banalizan.

— **Algunos autores plantean que uno de los problemas que presentan actualmente tanto la izquierda como la derecha es la concepción de la libertad como mera ausencia de coacción, y que, en el fondo, la despojan de la virtud. ¿Compartes dicha premisa?**

— Claro, actualmente la libertad y la virtud están separadas. Virtud, entendida en todas sus acepciones, en cuanto facultad, potencia, integridad moral y excelencia, entre otras. En el fondo, el interés de muchos es dar rienda suelta a su voluntad de disolución, y eso no es libertad, sino lo contrario, ya que tal situación revela una incapacidad tanto de autogobierno como de gobernar un país. Toda posición extrema expresa una voluntad encubierta de disolución y autodisolución, cuyo único destino es la destrucción y la muerte. Sospecho que algo así puede ocurrir con Milei.

Cuando tenía 17 años, leí *La edad de la razón* (1945), de la trilogía *Los caminos de la libertad*, de Jean-Paul Sartre. Hay dos pasajes que nunca he olvidado: “Estaba solo, en medio de un monstruoso silencio, libre y solo, sin ayuda y sin excusa, condenado a decidir sin apelación posible, **condenado para siempre a ser libre**”. Y: “Podría abandonarse a esa languidez viviente, bañarse en ella como en el seno de una gran fatiga dichosa. Pero no era un animal”. El primero parece contradictorio, pero es, más bien, paradójico: significa que el ser humano está constitutivamente determinado y obligado a tomar decisiones por sí mismo, y que es responsable ante sí siempre y de modo ineludible, conforme a su libre albedrío (aunque sin Dios, en este caso). El segundo, parece distinguir entre la vida y la conciencia, apuntando a lo mismo.

Con frecuencia, las decisiones son dilemáticas: sea cual sea, habrá pérdida e incertidumbre. El problema no se cierra. Se decide por la opción en apariencia menos mala, no pocas veces bajo presión.

— **Ya que mencionaste a Milei, ¿qué piensas de los libertarios?**

— En el fondo, exigen una libertad hasta sus últimas consecuencias, pero en que nadie se hace cargo de nada: una libertad sin conciencia, ni sentido de las distinciones, ni de las proporciones, que son capacidades fundamentales para el conocimiento, en cualquier orden de cosas, y que cuesta mucho ejercer a edades tempranas o en medio de estados de crisis. Además, los libertarios promueven un activismo que, en cuanto tal, me resulta lejano y antifilosófico de suyo.

El horizonte reflexivo de los activistas, en general, es muy limitado. Sólo giran en torno a sus intereses particulares y sus consignas vulgares. Las grandes discusiones de política pública no debieran quedar en manos suyas, sino estar a cargo de los que saben, actuando de buena fe por el bien del país.

— **¿Poseen un horizonte limitado nuestros actuales dirigentes políticos? ¿Crees que hay mucho activismo?**

— Dudo que el actual gobierno haya abandonado sus planes originales. Más bien, se ha ido adaptando camaleónicamente al cambio de las circunstancias. Nunca he creído en el gobierno de Boric, lo he declarado varias veces. Me pregunto qué va a pasar cuando ellos se vayan, en qué estado va a quedar el país. Ojalá el próximo gobierno sea más cuerdo. Porque estamos en un círculo vicioso, donde nadie se hace responsable de nada, lo cual tiene directamente que ver con el desarrollo de la capacidad de conciencia. Pero esto no se da de un día para otro: requiere fuerza y valor para enfrentar el descarnado peso de la realidad, la cual parece resistirse a ser pensada y comprendida. En efecto, el horizonte de los actuales dirigentes políticos es muy limitado: su activismo, sus intereses y sus fórmulas niveladoras, son todo.

— Retomando el tema libertario ¿Crees que tienen puntos ciegos que sus representantes no lo gran comprender, o que derechamente no quieren comprender?

— En Chile pasamos por algo similar, durante la dictadura y la postdictadura, cuando la economía —una esfera fundamental en cualquier sociedad, desde siempre— se transformó en el pilar de todo, unilateralmente, al punto de que hasta las personas se transformaron en objetos de consumo.

Octubre de 2019 tiene que ver con eso. ¿Por qué se destruyó el país, invocando esa fórmula populachera: “No importa, total lo material se recupera”? Porque se da por sentado que todo lo material es desecharable. Ahí hay otra disociación, entre el espíritu y la materia: las cosas no valen nada, no significan nada. Sólo se acumulan desperdicios, abarcando incluso a las personas.

Al parecer, tales movimientos yivismos quieren ya, abiertamente, un sistema así. Pero eso no tiene destino. Terminará en pura destrucción, como una manifestación más de esa disociación y unilateralidad que Jung había observado en su época.

La condición humana no debiera quedar reducida a decisiones económicas en tanto único pilar fundamental, sino que también es necesario considerar otras dimensiones esenciales del ser humano, como la virtud, la buena fe, el trabajo esforzado, la vida interior, el espíritu, entre otras. Lo contrario es una forma de depredación y mutilación. Milei y sus variantes en Chile serían un desastre, debido a su unilateralidad.

Jung sostuvo algo muy significativo: **la unilateralidad es un signo de barbarie**. De ahí, también, la consideración del problema del mal en el ser humano, y cómo hay circunstancias que lo fomentan desde dentro. Por mi parte, veo una psicopatía en progreso. Llevo un registro de las noticias. Los crímenes son cada vez más atroces y, al parecer, no hay ya un gran escándalo debido a esto. Los últimos más impactantes, que causaron commoción

nacional, fueron el asesinato de la niña Ámbar y el de los tres carabineros en Cañete, por la forma atroz en que murieron: esa alevosía, esa especie de puesta en escena. Algo absolutamente aterrador.

— ¿Qué problemática representa lo que tú denominas como “unilateralidad”?

— La unilateralidad obstaculiza la comprensión y el conocimiento. Tal desconexión impide apreciar una realidad en sus varias facetas, no pocas veces contradictorias y difíciles de descifrar e integrar, sobre todo en cuanto a los asuntos humanos. Por lo mismo, revela pereza mental, ceguera, mezquindad y, peor aún, clausura anticipada de toda necesidad de búsqueda; arrogancia y desprecio por el conocimiento. Se manifiesta, entre otros ámbitos, enivismos y militancias de cualquier signo; en discusiones cuyo único objetivo es ganar, sin importar cómo; y en fanatismos que pueden, incluso, conducir a la violencia y el exterminio. De ahí que la unilateralidad sea una forma de barbarie, en oposición a la cultura, entendida en un sentido elevado y espiritual, y no en el sentido nivelador, vulgar y disolvente que ha ido adquiriendo en esta época.

— ¿Crees que el fenómeno libertario resulta una contracara del autonomismo progresista?

— No sé si se puedan homologar así. Existe el riesgo de reducir ambos fenómenos a una caricatura. Habría que estudiarlo. No obstante, sí coinciden en un punto importante: su tendencia a la disolución como sistema, como proposición para el desarrollo de una sociedad. Evidentemente, es contradictorio, ya que un sistema pensado en esos términos es inconducente, debido a su carácter extremo. Sus representantes no miden las consecuencias. No dudan. No tienen sentido de los límites, ni visiones a largo plazo. Pareciera tratarse de la entronización de una forma de disolución colectiva y personal autolegitimada, deseable incluso,

“Actualmente la libertad y la virtud están separadas. Virtud, entendida en todas sus acepciones, en cuanto facultad, potencia, integridad moral y excelencia, entre otras. En el fondo, el interés de muchos es dar rienda suelta a su voluntad de disolución, y eso no es libertad, sino lo contrario, ya que tal situación revela una incapacidad tanto de autogobierno como de gobernar un país. Toda posición extrema expresa una voluntad encubierta de disolución y autodisolución, cuyo único destino es la destrucción y la muerte. Sospecho que algo así puede ocurrir con Milei.”

notoriamente entre los más jóvenes, que acusa una voluntad de autodestrucción. Sobre esa base, es imposible gobernar.

— ¿Hay rasgos nihilistas en estas concepciones políticas?

— Sí, totalmente. Dada su carencia de todo referente y sentido de la trascendencia, lo que proponen terminaría en una sola cosa: la destrucción de la sociedad y la muerte. El anarcocapitalismo pretende privatizar todo y hacer desaparecer el Estado por completo. La libertad económica a ultranza de los libertarios es autodestructiva, dado su carácter anómico. Por otro lado, la propuesta de la primera Convención Constitucional tenía a lo mismo: no planteaba una libertad económica extrema, pero sí un Estado controlador de todas las esferas de la vida, lo cual habría tenido efectos similares, dada su impronta totalitaria, sectaria y niveladora. En suma, ambos sistemas tendrían un resultado catastrófico similar: la destrucción del individuo consciente, imposibilitado de desarrollar sus capacidades constructivas y de alcanzar su plena realización para, desde ahí, aportar al desarrollo espiritual y material del país.

— ¿Crees que se alcanzó la tan prometida libertad democrática?

— No. Pinochet continuó siendo comandante en jefe del Ejército, hasta marzo de 1998, jurando enseguida como senador vitalicio, hasta que, en octubre, fue arrestado en Londres. También recuerdo que, tras el término oficial de la dictadura, siguió habiendo mucha pobreza y otro tipo de discriminaciones opresivas, además de comportamientos viles, heredados de la dictadura, como los que Armando Uribe describió en sus ensayos.

Por otro lado, siempre me costó creer lo relativo a las exitosas cifras macroeconómicas, pues nunca vi ese progreso. Valparaíso, esta ciudad decadente, siempre ha sido más o menos así. Aunque, desde

LUCY OPORTO VALENCIA

He aquí el lugar en que debes armarte de fortaleza

Ensayos de crónica filosófica

*He aquí el lugar en que debes armarte de fortaleza.*

Ensayos de crónica filosófica

Lucy Oporto Valencia

Editorial Katankura, 2021

302 páginas

54

2019, la situación ha empeorado mucho. Además, tal progreso económico no fue acompañado de una formación valorativa y cultural profunda, en que se apreciara lo esencial. Por ejemplo, que, aunque indispensable, el dinero es un medio y no un fin. El éxito y el mérito quedaron reducidos al talento para ganar dinero como valor absoluto, a escalar posición, al arribismo depredador, que es lo peor: personas que llegan a tener mucho dinero, pero siguen siendo ignorantes, arrogantes, e incapaces de una auténtica transformación. A ellos, faltaría decirles: “edúquese de verdad, cultívese”, “haga algo constructivo y significativo con su dinero”, “envíe a sus hijos a buenos colegios, para que se formen como personas”. Ése es uno de los aspectos que incubaron la asonada de octubre 2019, pero como manifestación de un envilecimiento ya generalizado, y no de ansias de purificación y auténtica libertad de crear. Y, mucho menos, de alcanzar un nivel más elevado de conciencia.

— ¿Superamos ese envilecimiento? ¿O sólo se durmió?

— No. Ha empeorado, desde la barbarie desplegada en 2019. Se ve en los altos niveles de criminalidad y su alevosía. Se diversificó. En términos sociales, es infinitamente peor. Durante el gobierno de Boric, se incrementó el crimen organizado, y eso no es una casualidad, si se considera la violencia que lo condujo al poder. Por lo demás, los gobiernos anteriores no se preocuparon de prevenirlo como hubiesen debido. Ya en 2017 y 2018, Douglas Farah había advertido sobre esto, con ocasión de una visita a Chile. Pero no le creyeron. Todo lo que rodea al dinero, unido a la ambición, la codicia y el exitismo, termina produciendo un obnubilamiento de la conciencia. Así ocurrió durante los gobiernos anteriores, como lo muestra la repetida frase: “Estás cosas no pasan en Chile”. Y así continúa ocurriendo durante el actual, cuya autocomplacencia no coincide con los duros hechos de la realidad.

Por mi parte, lo que he visto desarrollarse con fuerza, desde hace décadas, es la instrumentalización de las personas, llegando a ser consideradas como moneda de cambio: “te transo, te traiciono y te abandono, pues estás sujeto a mis intereses”. Este fenómeno se ha masificado, y no es un problema de una clase social determinada. Mucho se habla de las “élites”. Pero no. Son todos. Es cosa de escarbar un poco y observar cómo se comportan los pobres. El envilecimiento es un problema de la condición humana.

— ¿Podríamos presumir que esto se explica por el debilitamiento o crisis de la educación pública?

— Así es, en gran medida. Por eso, el Estado es tan importante: la educación pública tiene que ser del más alto nivel y exigencia, para todos, especialmente los niños y jóvenes más pobres, y estar a cargo de los mejores maestros. Son procesos de formación que toman mucho tiempo, no exentos de dificultades en la actualidad, tales como el reclutamiento de jóvenes por facciones políticas oportunistas, o seducidos por las drogas y el crimen organizado, que ofrece todo a la niñez y la juventud abandonadas y cosificadas.

Ahí tienes el estado actual del Instituto Nacional y el INBA, entre otros, sumidos en la autodestrucción, debido a intereses políticos unilaterales, en que la juventud es usada como carne de cañón desecharable y sacrificable. La explosión en el INBA, que derivó en varios estudiantes quemados, es significativa al respecto. Son manifestaciones de un desmoronamiento progresivo de la sociedad y la cultura en Chile, cuyos efectos fatales aún no han sido dimensionados en toda su envergadura, a largo plazo. ●

“El éxito y el mérito quedaron reducidos al talento para ganar dinero como valor absoluto, a escalar posición, al arribismo depredador.”